

LA IGLESIA CATÓLICA: DE LA COLONIA AL SIGLO XXI

CYNTHIA FOLQUER
LUCÍA SANTOS LEPERA

Desembarcó con los primeros barcos procedentes de Europa. Pero a diferencia de otras instituciones importadas, la Iglesia católica echó raíces duraderas: pese a las inmensas transformaciones ocurridas desde entonces, sigue siendo la primera confesión en Tucumán y Argentina. Su pasado se proyecta por medio de una obra espiritual con manifestaciones concretas en la arquitectura, la educación y la organización de la sociedad.

La presencia de la Iglesia en Tucumán se remonta a los tiempos de la llegada de los españoles a estas tierras. Para ellos, la conquista implicó la difusión del catolicismo en el ámbito de un régimen de unanimidad religiosa. Este modo de concebir la organización social y política fue “la cristiandad”, e implicó para los españoles una identificación entre cultura hispana y cristianismo, de manera que la evangelización exigió un proceso de hispanización: ser súbdito de la corona supuso ser fiel cristiano. Por ello la evangelización implicó en muchos casos la aplicación del método de “tábula rasa” que desconocía toda una cosmología indígena rica en mediaciones religiosas y divinidades de la naturaleza, considerándola “idolatría”. En ese contexto, la Iglesia, dentro del régimen de patronato, dependió de la monarquía para su organización y subsistencia. En 1543, Diego de Rojas partió del Perú a Tucumán en una expedición que procuraría fundar una serie de ciudades para intentar unir las costas del Pacífico con las del Atlántico. La conquista estaba en marcha. En 1565, Diego de Villaruel fundó San Miguel de Tucumán en el antiguo sitio de Ibatín. Las primeras comunidades religiosas que se instalaron en esta zona fueron los mercedarios y franciscanos. Con ellos comenzó la evangelización sistemática, organizada desde

el primer obispado del Tucumán, establecido en la ciudad de Santiago del Estero hacia 1570. El primer obispo fue el dominico Francisco de Victoria. Y hacia 1585 arribaron los primeros jesuitas, que se radicaron en Córdoba.

En ese contexto, comenzaron a estudiarse las lenguas indígenas y a reunir a los catecúmenos en poblados estables para iniciarlos en la fe cristiana. Aplicando las disposiciones de los Concilios de Lima de la segunda mitad del siglo XVI, se dispuso que algunas entradas a provincias de indios las hicieran los sacerdotes, para salvarlos de la “codicia” de los encomenderos. Se elaboraron catecismos en lengua quechua, manuales de confesores y sermonarios para sistematizar la enseñanza de la doctrina cristiana. El sistema de reducciones para indios se inició durante el siglo XVII en el territorio de la actual provincia de Tucumán, donde se fundaron algunas, como las de San Ignacio de la Cocha y San José de Lules.

Los miembros de las expediciones eran laicos identificados con el cristianismo, quienes se constituyeron en canales de transmisión de la religión católica. A través de las relaciones que establecieron con el mundo indígena—cargadas de violencia algunas— se fue realizando un proceso de mestizaje cultural y religioso. Podemos afirmar que el choque

CYNTHIA FOLQUER
Religiosa dominica y doctora en Historia, Universidad de Barcelona. Directora del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino y de la

revista “Itinerantes de Historia y Religión”. Profesora de Historia de la Iglesia en América Latina, Centro de Estudios Filosóficos y Teológicos, Córdoba y de Historia Argentina, Colegio Santa Rosa.

LUCÍA SANTOS LEPERA
Doctora en Humanidades de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT) y becaria posdoctoral del CONICET. Investiga sobre la historia de la Iglesia en Tucumán en el Instituto Superior de

Estudios Sociales y participa en los proyectos del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. Docente de Historia General de la Cultura (UNT).

Iglesia Catedral de San Miguel de Tucumán. Ente Tucumán Turismo



entre las culturas ancestrales americanas y la española produjo una cultura mestiza que aún pervive, en la cual las creencias amerindias conviven con las cristianas, formando una nueva matriz cultural.

Este proceso se vivió, no sin tensiones, en un mundo colonial que se estructuraba en torno a la encomienda y al servicio personal indígena. Las guerras calchaquíes del siglo XVII expresaron la resistencia indígena al dominio español en la región del Tucumán. Al igual que en otras zonas del continente, los misioneros levantaron la voz en defensa de los pueblos indígenas, siendo significativa la acción de San Francisco Solano. Los jesuitas también rechazaron el servicio personal como un sistema injusto e inhumano. Estas denuncias propiciaron la visita del oidor de la Audiencia de Charcas, Francisco Alfaro, quien promulgó en 1611 las Ordenanzas que prohibían el servicio personal en esta región. No siempre se respetarían.

Tras la expulsión de los jesuitas, en 1767, los dominicos se encargaron de San José de Lules, en 1781, instalándose en San Miguel de Tucumán hacia 1785. Así se sumaba la Orden de Predicadores a las ya existentes de mercedarios y franciscanos.

EL SIGLO XIX. LA IGLESIA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO-NACIÓN

En 1806 se creó la diócesis de Salta y el actual territorio de la provincia de Tucumán pasó a depender de ese obispado como una vicaría foránea. Durante el proceso de revolución e independencia, religiosos y sacerdotes adhirieron a la causa patriótica. Los dos diputados tucumanos al Congreso de Tucumán, José Ignacio Thames y Pedro Miguel Aráoz, eran presbíteros. Entre los 29 congresales que firmaron la declaración de la independencia, los sacerdotes ocuparon un lugar preponderante, con un total de 17. Sus títulos académicos y su prestigio social los llevaron a ejercer la representación política en varias provincias, posicionados en lugares de jerarquía y habilitados para el ejercicio del poder político. Cabe destacar que también hubo sacerdotes realistas que apoyaron la causa española, como el cura Laguna de Trancas, quien fue arrestado por Belgrano por su apoyo a las tropas de Pío Tristán.

En ese período se habían organizado en el actual territorio de Tucumán 11 parroquias, desde donde se irradiaba la acción evangelizadora. Hacia 1867, según el informe realiza-

do por el vicario foráneo, Moisés Miguel Aráoz, existían las siguientes casas parroquiales: Catedral, La Victoria, Famaillá, Monteros, Chicligasta, Río Chico, Graneros, Leales, Burruyacu, Encalilla (Tafí del Valle) y Trancas.

Tras la independencia, los gobiernos decimonónicos asumieron el régimen de patronato de la Iglesia, lo que originó fuertes tensiones con las autoridades eclesiásticas, que resistían al control del poder político sobre aspectos que consideraban de su jurisdicción (nombramientos de curas, registros parroquiales, creación de diócesis y parroquias, etc.). Hacia fines del siglo XIX se produjo una primera secularización en la sociedad, durante la cual el campo religioso se fue reconfigurando paralelamente a la construcción del Estado-nación y a la llegada del aluvión inmigratorio. Bajo la gestión del obispo de Salta, Buenaventura Rizo, se produjeron debates en torno a las llamadas “leyes laicas” de creación del Registro Civil, promulgación de las leyes de matrimonio civil, secularización de cementerios y educación laica. Ante un Estado que buscaba modernizarse y asumir su rol de control de la población, la Iglesia vivió un proceso de reacomodación, no sin tensiones.

En este proceso, la dimensión de bienestar social, la atención a los sectores más desprotegidos y las problemáticas sanitarias no fueron asumidas como cuestión de Estado; más bien se subsidiaba o alentaba la acción privada para la atención de la cuestión social. Fundada en 1858 por el gobernador Marcos Paz y conducida por mujeres de la élite, la Sociedad de Beneficencia cumplió un rol fundamental en el cuidado de los más vulnerables, creando hospitales, asilos de mendigos, escuelas de niñas. Estas mujeres, identificadas con el mandato evangélico de caridad para con el prójimo, asumieron un gran protagonismo social y político y, de alguna manera, colaboraron en la conformación del Estado provincial en los aspectos referidos a la cuestión social. A ellas se sumaron congregaciones religiosas femeninas que vinieron a Tucumán para asumir un claro compromiso con la salud y la educación. Entre ellas, llegaron en 1876 las Hermanas del Huerto. Elmina Paz de Gallo y el dominico Fray Ángel María Boisdrón crearon en 1887 el primer asilo de huérfanos, hijos de víctimas de la epidemia del cólera, y convocaron a las Dominicas del Santísimo Nombre de Jesús para su administración. A estas obras a favor de los desvalidos y de la educación de la mujer se sumaron la Congregación de las Hermanas Esclavas en 1889 (desde Córdoba),



LLEGADA Y PARTIDA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

La presencia jesuita en Tucumán comenzó en 1585 al mismo tiempo que se desarrollaba la colonización, y se extendió hasta su expulsión en 1767. La Orden se asentó en propiedades recibidas en donación entre las cuales la del deán Francisco de Salcedo de 1613 fue muy importante para construir –en Ibatín– el Colegio de Santa María Magdalena. Trasladada la ciudad al sitio actual, los jesuitas erigieron una construcción similar a la anterior, hoy templo de San Francisco, colindante con la plaza principal. Así, nucleados en el templo y Colegio de San Miguel, se fortalecieron con la posterior donación del Potrero de Aconquija, efectuada por don Pedro Bazán en 1742. Para su propio abastecimiento, articulado con el mercado regional, los jesuitas organizaron un sistema de producción alrededor de dos núcleos: la estancia de San Ignacio de La

Cocha y la hacienda de los Lules. Al igual que en el resto de América, sus misiones implicaron respecto de los indígenas una experiencia de evangelización combinada con el aprendizaje de artes y oficios. El escenario descrito se vio afectado al conocerse y ejecutarse la Pragmática Sanción fechada en Madrid el 27 de febrero de 1767 mediante la que el rey Carlos III desterró a los jesuitas de todos sus dominios. Entonces, una Junta Municipal de Temporalidades con sede en Buenos Aires remató las propiedades urbanas y rurales de la Compañía. Los efectos de la retirada jesuita se hicieron sentir no exclusivamente en el terreno económico, sino también en el político, cultural y religioso.

María Lelia García Calderó,
Doctora en Ciencias Sociales



El obispo **Pablo Padilla y Bárcena** organizó la diócesis a partir de la reunión del Primer Sínodo Diocesano en 1905; de la creación de parroquias, y del impulso a la educación religiosa al fundar el Seminario Mayor y el primer colegio para varones.



En América Latina corrían vientos de cambio y este proceso de transformación eclesial es el que encontró el obispo **Blas Conrero** al asumir en la diócesis de Tucumán (1969-1982) en reemplazo de Aramburu, designado arzobispo en Buenos Aires.

la Congregación del Buen Pastor (Angers, Francia), las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad y las Pobres Bonaerenses de San José (Buenos Aires). En las primeras décadas del siglo XX se establecieron los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora, Claretianos y Lourdistas.

COMIENZOS DEL SIGLO XX ORGANIZACIÓN Y CRECIMIENTO INSTITUCIONAL

En 1897 se creó la diócesis de Tucumán, en procura de modernizar las estructuras eclesiales y tornar más eficaz su administración, a la vez que adaptarlas a la situación política y administrativa del Estado argentino. La nueva diócesis –separada de Salta– quedó constituida por las provincias de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca. Con la separación de las dos últimas (1907 y 1910), el territorio de la diócesis coincidió con el de la provincia de Tucumán. El primer obispo, Pablo Padilla y Bárcena, condujo la organización de la diócesis a partir de distintas medidas: reunió el Primer Sínodo Diocesano en 1905 –que establecería los principales lineamientos para el funcionamiento administrativo e institucional de la Iglesia tucumana–; creó nuevas parroquias (9, además de las 11 que existían al iniciar su obispado); dio impulso a la educación religiosa al fundar el Seminario Mayor y el primer colegio religioso para varones, a cargo de los Padres Lourdistas, y avaló la fundación del diario confesional La Verdad, primera iniciativa editorial católica de la provincia. Uno de los ejes de su gestión fue la promoción de las iniciativas del catolicismo social, corriente de la Iglesia que por entonces iba ganando terreno. Entre ellas, se destacó la multiplicación de los círculos de obreros, cuyo principal objetivo fue contrarrestar el avance de la prédica socialista y anarquista en el mundo del trabajo. Los círculos desarrollaron actividades de socorro mutuo, formación y recreación. En

ese sentido, el acercamiento obispal a la “cuestión social” traducía una visión paternalista, caracterizada por la férrea oposición a las huelgas obreras como instrumento de presión, favoreciendo la idealización del “buen patrón”, cuya capacidad para paliar las carencias obreras debía basarse en el diálogo y la conciliación. En suma, desde sus inicios al frente de la Iglesia tucumana, el obispo Padilla y Bárcena buscó dotar de bases organizativas a la diócesis y procuró su crecimiento institucional.

Durante la década de 1920 gobernó la diócesis el obispo Bernabé Piedrabuena (1923-1928), quien había sido un estrecho colaborador de Padilla y Bárcena como vicario general, codirector de la revista La Verdad, visitador de la vicaría foránea de Catamarca y organizador del Primer Sínodo Diocesano. Tras ser desvinculado del obispado de Catamarca, donde ejerciera como prelado entre 1911 y 1923, retornó a Tucumán como obispo. Durante su gestión continuó con la creación de capillas y templos. En 1928 fue reemplazado por Agustín Barrère, religioso lourdistas que ejerció un largo obispado entre 1930 y 1952.

La década del 30 trajo a la Iglesia profundas transformaciones institucionales e ideológicas que dieron lugar al crecimiento de sus estructuras, y a la reformulación del laicado, cambios que otorgaron a la institución eclesial un perfil más combativo y de mayor presencia en el espacio público. Durante su gestión, Barrère desplegó una serie de estrategias dirigidas a consolidar la institución eclesial, y a dotarla de un mayor sentido de orden y disciplina jerárquica. Tales políticas involucraron al laicado organizado en la Acción Católica (1932), a la Juventud Obrera Católica (1942) y al clero secular, cuya reforma se buscó implementar a través del Segundo Sínodo Diocesano convocado en 1931. Creció la red parroquial con la creación de 11 nuevas parroquias entre 1930 y 1952. Tras la crisis econó-



JUAN PABLO II EN EL JARDÍN DE LA REPÚBLICA

Juan Pablo II aterrizó en Tucumán el 8 de abril de 1987. Por primera vez un Papa visitaba la tierra de Juan Bautista Alberdi. Aquí lo esperaban un calor impiadoso y una multitud de fieles: muchos de ellos confluyeron en una vigilia espontánea en las inmediaciones del aeropuerto Benjamín Matienzo. “A las 16.30 llegó el avión que traía al Papa, y estallaron los vítores y aplausos. La escena se repitió cuando Karol Wojtyła enfundado en una sotana blanca, casi resplandeciente, apareció en lo alto del escenario. Ese primer contacto entre el pastor y su grey tuvo un alto contenido emocional”, indica una crónica publicada en La Gaceta.

En un castellano afectado por los distintos idiomas que hablaba, el Pontífice llamó a la reconciliación entre los argentinos, y reclamó mayor solidaridad y participación en los proyectos comunes. La Virgen de La Merced lo acompañaba en el escenario. “El sucesor de Pedro ha venido a la tierra tucumana, para alabar con vosotros la misericordia

de Dios Padre que ha querido ‘llamarnos hijos de Dios, y que lo seamos’.

Lo hacemos aquí, en esta ciudad de San Miguel de Tucumán, a la que llamáis Cuna de la Independencia por haber iniciado aquí vuestro camino en la historia como nación independiente. Desde entonces, los habitantes del Norte argentino os sentís especialmente vinculados a este lugar; y habéis cultivado un marcado amor a vuestra patria, sintiendo además la responsabilidad de custodiar la libertad y la tradición cultural de la Argentina. En el cristiano esos nobles sentimientos se enraízan en el don de la filiación divina, y allí encuentran también su fundamento, su sentido y su medida”, dijo el Papa.

El jefe de la Iglesia venía de Chile con el plan de recorrer diez lugares de la Argentina: Buenos Aires, Bahía Blanca, Viedma, Mendoza, Córdoba, Tucumán, Salta, Corrientes, Paraná y Rosario. La escala en el Jardín de la República se prolongó exactamente durante una hora y 45 minutos.



Héctor Villalba (1999-2011) asumió un estilo de gobierno claramente inspirado en la eclesiología del Concilio Vaticano II. Su reciente nombramiento como cardenal emérito de la Iglesia fue un reconocimiento del Vaticano a su desempeño y acción pastoral.



En 2011 asumió como **Arzobispo Alfredo Zecca**, quien se desempeña en ese cargo actualmente. Con tal carácter participó de los festejos del Bicentenario de la Independencia: fue anfitrión del Congreso Eucarístico y concelebró el Tedeum del 9 de Julio.

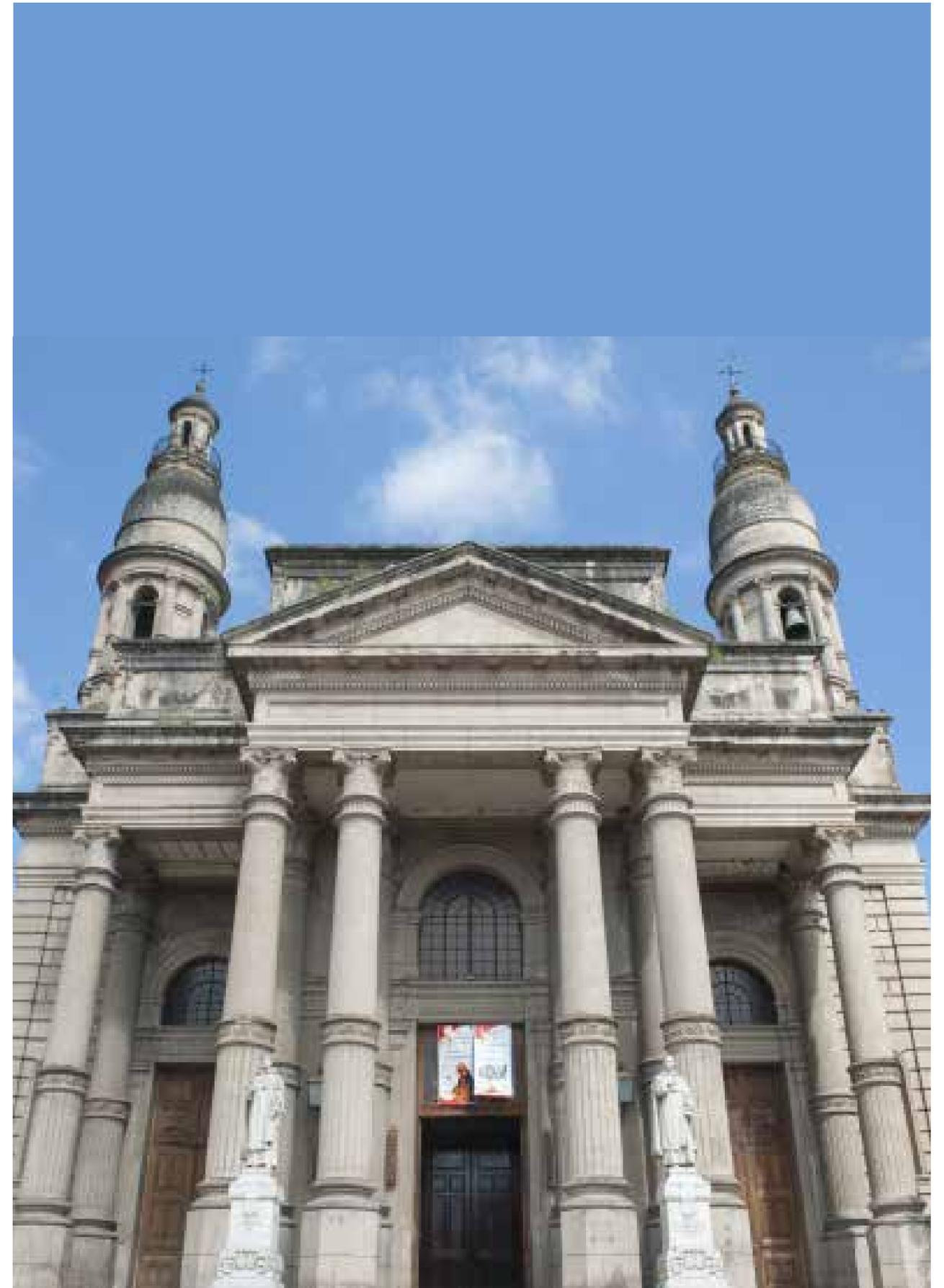
mica desatada en los inicios de 1930, la conflictividad fue el signo de la situación social en la provincia, escenario en el que los sindicatos avanzaron en su organización, pero en un sentido muy distinto al propuesto por la Iglesia. Barrère endureció su discurso frente a la prédica socialista y comunista, a la vez que procuró adaptar las estrategias de la Iglesia al nuevo contexto, incentivando a los laicos –a través de la creación del Secretariado Económico-Social de la Acción Católica– a intervenir en la cuestión obrera, elaborando proyectos legislativos que mejoraran sus condiciones de vida. Así, a diferencia de los años precedentes, la Iglesia vio en el Estado un actor que podía ser interpelado y sobre el que se podía influir para difundir el catolicismo en los distintos sectores sociales.

El golpe de Estado de 1943 y, posteriormente, el triunfo de Perón, plantearon numerosos desafíos a la gestión de Barrère. Por un lado, el drenaje de cuadros de la Acción Católica hacia el gobierno nacionalista de Alberto Baldrich (1943-1944) generó una situación conflictiva frente a la autoridad del obispo, quien buscó mantener a la institución eclesiástica al margen del clima de convulsión política y social. No obstante, fue difícil para la Iglesia no quedar asociada al gobierno que había decretado la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas, demanda histórica de los sectores católicos. En efecto, se trató de un período en que la trayectoria de la Iglesia se vio indisolublemente unida al curso de la vida política: la institución tuvo un rol relevante al manifestar su apoyo explícito a la candidatura de Perón, que representaba la continuidad de la Revolución de Junio de 1943 y de los beneficios adquiridos por la Iglesia.

La muerte de Agustín Barrère en febrero de 1952 marcó un punto de inflexión en la historia eclesiástica tucumana, tras sus 22 años de liderazgo fuerte y centralizado. Su sucesor, Juan Carlos Aramburu (1953-1967), quien se desempeñaba

como obispo auxiliar desde 1946, se hizo cargo de la diócesis con 41 años de edad: sería el prelado más joven del Episcopado Argentino. En 1957, el Obispado de Tucumán fue elevado al rango de Arzobispado y monseñor Aramburu pasó a ser arzobispo. El estilo de conducción que implementó Aramburu se diferenció sustancialmente del de su antecesor, teniendo en cuenta el protagonismo de Barrère y su injerencia constante en los problemas políticos locales. Por el contrario, la conducta prescindente que caracterizó a Aramburu, y la escasa emisión de pastorales y comunicados institucionales incidieron de distintas formas en la dinámica de funcionamiento de la Iglesia jerárquica. En efecto, los años finales del peronismo constituyeron una etapa difícil para los sectores católicos ante la disyuntiva de sumarse a las acciones opositoras al gobierno, que buscaban destituirlo, o bien mantenerse expectantes desde una provincia que había adherido masivamente al movimiento comandado por Perón. No obstante los esfuerzos de Aramburu por mantener un delicado equilibrio y contener a los laicos en la obediencia a la jerarquía, el golpe de Estado de 1955 generó profundas divisiones en la institución eclesiástica y abrió un camino de deliberaciones en su interior, principalmente entre los curas diocesanos, debate que tendría un fuerte impacto en los años siguientes.

En 1958, durante la presidencia de Arturo Frondizi, se reglamentó la ley de creación de universidades privadas, lo que impulsó en Tucumán a la fundación de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino (1965), generada en los cursos de cultura católica y de filosofía tomista que habían originado previamente el Instituto Universitario Santo Tomás de Aquino. Tales iniciativas gozaron del apoyo del obispo Aramburu, quien promovió la gestión de los frailes dominicos y del grupo de intelectuales católicos reunidos en torno al convento de predicadores.



Frontispicio de la Iglesia de Santo Domingo (Basilica Nuestra Señora del Rosario). La Gaceta



Procesión de la Virgen de La Merced el 24 de septiembre en la plaza Independencia. Julio Pantoja

ENTRE LA RADICALIZACIÓN POLÍTICA Y EL COMPROMISO EVANGELIZADOR (1960-2010)

La década del 1960 encontró a muchos jóvenes militantes de la Acción Católica, identificados con el peronismo, sumidos en un giro ideológico que los llevó a adherirse a la lucha armada de las organizaciones guerrilleras. Por su parte, el clero local no fue ajeno a los debates marcados por la consigna “dependencia o liberación” y muchos se sumaron al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, que tomaba fuerza en el resto del país. Estos sacerdotes habían asumido un compromiso activo con la cuestión obrera y sindical, y acompañaron las protestas de los empleados en ingenios azucareros durante la crisis generada por el decreto de cierre de estas fábricas en 1966. En América Latina corrían vientos de cambio y este proceso de transformación eclesial es el que encontró al obispo Blas Conrero al asumir la diócesis de Tucumán (1969-1982) en reemplazo de Aramburu, designado arzobispo en Buenos Aires. El período de Conrero estuvo marcado por la recepción del Concilio Vaticano II; la implementación de la reforma litúrgica; el estudio de los documentos conciliares que acentuaban la colegialidad en la vida eclesial (pastoral de conjunto) y la apertura de la Iglesia a las problemáticas socio-culturales contemporáneas. Hubo en estos años un desarrollo de la conciencia eclesial de pertenecer a la región del NOA; se multiplicaron las reuniones de obispos, sacerdotes, catequistas y religiosos que buscaron otorgar una identidad regional a la Iglesia en el noroeste argentino. Durante el período de Conrero, el laicado católico experimentó un salto cualitativo en la participación de la vida

de la iglesia local. En un contexto en donde los espacios de participación de los jóvenes en la sociedad civil estaban cercenados por la dictadura militar, la Iglesia ofreció canales de protagonismo juvenil. Los cursos de formación; las peregrinaciones de la juventud; los retiros espirituales y campamentos de la Acción Católica contaron siempre con la palabra y la orientación del obispo. Fomentó el desarrollo del Movimiento Familiar Cristiano y creó la Junta de Educación Católica para impulsar las mejoras en las propuestas educativas de la Iglesia. Apoyó el diálogo ecuménico e interreligioso con una nueva conciencia, fruto del Concilio Vaticano II. Conrero lideró la Iglesia local en un período de alta conflictividad política y social, en la que la institución no asumió una postura homogénea. Mientras que algunos sacerdotes y laicos se identificaban con la militancia de izquierda y la lucha armada, otros eran capellanes militares y apoyaban a la derecha nacionalista. En ese contexto, Conrero mantuvo un perfil institucional, y buscó resguardar a los miembros de la iglesia sin asumir una postura pública de denuncia y crítica al régimen vigente. Así, durante los años de la dictadura militar (1976-1983), Conrero medió ante el Gobierno de facto para liberar a sacerdotes privados de libertad. La ayuda que algunos curas brindaron a la búsqueda de información sobre detenidos-desaparecidos contrastó con la acción de otros miembros de la Iglesia que abiertamente apoyaron el terrorismo de Estado. El retorno de la democracia en 1983 implicó para la iglesia un complejo compromiso con la reconstrucción del tejido social fragmentado. Con la muerte de Conrero en 1982, se sucedieron los obispados de Horacio Alberto Bózzoli (1983-1993) y de Raúl Casado (1994-1995), que contrastaron con la gestión carismática de su antecesor al no



Campanario y cúpula de la Basílica y Santuario de Nuestra Señora de La Merced. Ente Tucumán Turismo

poder ejercer un eficaz liderazgo en la Iglesia diocesana. Casado se enfermó al año siguiente de asumir, por lo que fue nombrado obispo coadjutor Carlos Nández (1995-1999), quien promovió la revitalización diocesana mediante un plan pastoral en cuya elaboración participaron los diversos actores eclesiales. Los distintos sectores de servicio pastoral (salud, familia, social, educación, penitenciario, catequesis, entre otros) adquirieron mayor visibilidad y representatividad en la acción de la Iglesia. Se reorganizó la red en torno a los decanatos, lo que promovió una mayor colaboración entre

parroquias. Héctor Villalba (1999-2011) buscó dar continuidad a este perfil diocesano consolidando las estructuras de participación y asumiendo un estilo de gobierno claramente inspirado en la eclesiología del Concilio Vaticano II. Su reciente nombramiento como cardenal de la Iglesia fue un reconocimiento del Vaticano a su estilo y acción pastoral. Tras su jubilación, asumió como arzobispo Alfredo Zecca, quien se desempeña en ese cargo actualmente. En el ámbito de las celebraciones del Bicentenario de la Independencia, este breve recorrido buscó dar cuenta de la complejidad de la historia de la Iglesia católica como reflejo de las acciones de sus miembros, y de los procesos políticos y sociales de los que formó parte.

EL PAPA QUE VINO DEL FIN DEL MUNDO

Luego de casi 27 años del papado de San Juan Pablo II y del pontificado de ocho años de Benedicto XVI, 115 cardenales de la Iglesia se reunieron en El Vaticano y eligieron a un Papa que vino del fin del mundo, como él mismo se presentó en los balcones de la Basílica de San Pedro durante esa tarde inolvidable del 13 de marzo del 2013.

Jorge Mario Bergoglio: el primer Papa latinoamericano, el primer Papa jesuita, el primer Papa nacido fuera de Europa en el último milenio y el primer Papa que tomó el nombre de Francisco, en honor a San Francisco de Asís, defensor de los pobres. El nuevo líder de los 1.200 millones de católicos del planeta es argentino, tenía 77 años cuando inició su papado, y se había desempeñado como cardenal primado y arzobispo de la Ciudad de Buenos Aires. Con él, El Vaticano inició un camino de renovación inédito: al decir de su amigo, el rabino Abraham Skorka, “Francisco está cambiando la religión en todo el mundo”.

Su preocupación comunicada en la exhortación apostólica “Evangelii Gaudium” consiste en infundir a la Iglesia un viento de alegría y de entusiasmo; el gozo de abrirse a Dios y de hacer el bien, y la postulación del Evangelio como un medio de transformación de la sociedad y de la cultura. Francisco también busca la pacificación del mundo; el diálogo con las grandes religiones; el cambio económico que resuelva las causas estructurales de la pobreza, y la revisión y el fortalecimiento de la misión eclesial. El Papa impulsa a su comunidad a salir de su ensimismamiento para buscar el bien común a partir de la prédica en las periferias marginales. En consonancia con las resoluciones de los dos sínodos de los obispos, en su última exhortación “Amoris Laetitia” (“La alegría del amor”), del 19 de marzo del 2016, Francisco da su visión sobre la importancia del matrimonio y la familia en el mundo contemporáneo: es el mensaje de su cuarto año de pontificado, período dedicado a la misericordia.

El Papa tiene el carisma, la gracia y la capacidad intelectual para expresar las palabras, y formular las interpelaciones que más necesitamos escuchar en este momento histórico. Con su enseñanza y el ejemplo de su vida comprometida, es una roca fuerte y firme, que guía y orienta con cercanía y paciencia a la Iglesia. Pero su modelo trasciende a la grey católica.

El pueblo argentino debe sentirse privilegiado al saberse testigo presencial del pontificado de este compatriota universal. En su doble condición de sucesor de Pedro y de porteño, Francisco redactó y envió un mensaje a José María Arancedo, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, a propósito del Bicentenario de la Declaración de la Independencia, que fue leído en el Tedeum del 9 de Julio de 2016 y es reproducido a continuación.

Querido hermano:

En vísperas de la celebración del bicentenario de la Independencia quiero hacer llegar un cordial saludo, a vos, a los hermanos Obispos, a las Autoridades nacionales y a todo el Pueblo argentino. Deseo que esta celebración nos haga más fuertes en el camino emprendido por nuestros mayores hace ya doscientos años. Con tales augurios expreso a todos los argentinos mi cercanía y la seguridad de mi oración.

De manera especial quiero estar cerca de los que más sufren: los enfermos, los que viven en la indigencia, los presos, los que se sienten solos, los que no tienen trabajo y pasan todo tipo de necesidad, los que son o fueron víctimas de la trata, del comercio humano y explotación de personas, los menores víctimas de abuso y tantos jóvenes que sufren el flagelo de la droga. Todos ellos llevan el duro peso de situaciones, muchas veces límite. Son los hijos más llagados de la Patria.

Sí, hijos de la Patria. En la escuela nos enseñaban a hablar de la Madre Patria, a amar a la Madre Patria. Aquí precisamente se enraza el sentido patriótico de pertenencia: en el amor a la Madre Patria. Los argentinos usamos una expresión, atrevida y pintoresca a la vez, cuando nos referimos a personas inescrupulosas: “éste es capaz hasta de vender a la madre”; pero sabemos y sentimos hondamente en el corazón que a la Madre no se la vende, no se la puede vender... y tampoco a la Madre Patria. Celebramos doscientos años de camino de una Patria que, en sus deseos y ansias de hermandad, se proyecta más allá de los límites del país: hacia la Patria Grande, la que soñaron San Martín y Bolívar. Esta realidad nos une en una familia de horizontes amplios y lealtad de hermanos. Por esa Patria Grande también rezamos hoy en nuestra celebración: que el Señor la cuide, la haga fuerte, más hermana y la defienda de todo tipo de colonizaciones.

Con estos doscientos años de respaldo se nos pide seguir caminando, mirar hacia adelante. Para lograrlo pienso -de manera especial- en los ancianos y en los jóvenes, y siento la necesidad de pedirles ayuda para continuar andando nuestro destino. A los ancianos, los “memoriosos” de la historia, les pido que, superponiéndose a esta “cultura del descarte” que mundialmente se nos impone, se animen a soñar. Necesitamos de sus sueños, fuente de inspiración. A los jóvenes les pido que no jubilen su existencia en el quietismo burocrático en el que los arrinconan tantas propuestas carentes de ilusión y heroísmo. Estoy convencido de que nuestra Patria necesita hacer viva la profecía de Joel (cf. Jl 4, 1). Sólo si nuestros abuelos se animan a soñar y nuestros jóvenes a profetizar cosas grandes, la Patria podrá ser libre. Necesitamos de abuelos soñadores que empujen y de jóvenes que -inspirados en esos mismos sueños- corran hacia adelante con la creatividad de la profecía.

Querido hermano pido a Dios, nuestro Padre y Señor, que bendiga nuestra Patria, nos bendiga a todos nosotros; y a la Virgen de Lujan que, como madre, nos cuide en nuestro camino. Y, por favor, no te olvides de rezar por mí.

Fraternalmente, Francisco



Servicio fotográfico de L'Osservatore Romano